

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXIII. De lo que le acontecio al famoso Don Quixote en fierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581

calças le querian quitàr, si las grevas no lo estorvàran. A Sancho le quitàron el gavàn, y dexàndole en pelòta, repartièndo entre si los demàs despojos de la batalla, se fuèron cada uno por su parte con mas cuydado de escapàrse de la Hermandad que temian, que de cargàrse de la cadena, è ir à presentàrse ante la señoira Dulcinea del Toboso. Solos quedàron el Jumento y Rozinante, Sancho y Don Quixote: El Jumento cabizbaxo, y pensativo, sacudièndo de quando en quando las orejas, pensando que aun no avia cessado la borrarasca de las piedras, que le zumbàvan los oydos; Rozinante tendido junto à su amo, que tambien vino al suèlo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de vèrse tan mal parado por los mismos à quien tanto bien avia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteciò al famoso Don Quixote en sierra Morena, que fuè una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.

VIENDOSE tan mal parado Don Quixote, dixo à su escudèro: Siempre, Sancho, lo hè oydo dezir, que el hazèr bien à villanos, es echàr agua en la Mar. Si yo huvièra creydo lo que me dixiste, yo huvièra escusado esta pesadumbre; pero yà està hecho: Paciencia, y escarmentàr para desde aqui adelante. Assi escarmentarà vuestra merced, respondiò Sancho, como yo foy Turco: Pero pues
dize



dize que si me huvièra creydo, se huvièra escufado este da-
 ño, crèame aora, y escufarà otro mayor; porque le hago
 fabèr, que con la santa Hermandad no ày ùsar de Cavalle-
 rias; que no se le dà à ella por quantos Cavalleros andantes
 ày dos maravedis: Y sepa, que yà me parece, que fus faè-
 tas me zumban por los oydos. Naturalmènte eres cobar-
 de, Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas que
 foy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por
 esta vez quièro tomàr tu consejo, y apartàrme de la fùria
 que tanto temes; mas ha de sèr con una condicion, que
 jamas en vida, ni en muerte has de dezir à nadie, que yo
 me retirè, y apartè deste peligro, de miedo, sino por com-
 plazèr à tus ruègos; que si otra cosa dixères, mentiràs en
 ello, y desde aora para entonces, y desde entonces para aora
 te desmiènto, y digo que mientes, y mentiràs todas las ve-
 zes que lo pensàres, ò lo dixères: Y no me repliques mas;
 que en solo pensàr, que me aparto, y retiro de algun peli-
 gro, especialmènte deste, que parece que lleva algun, es, no
 es, de sombra de miedo, estòy ya para quedàrme, y para
 aguardàr aqui solo, no solamènte à la santa Hermandad,
 que dizes y tèmes, sino à los hermanos de los doze Tribus
 de Israèl, y à los siete Machabeos, y à Castor, y à Polux,
 y aun à todos los hermanos, y hermandades que ày en el
 mundo. Señor, respondiò Sancho, el *retiràrse* no es *buyr*,
 ni el *esperàr* es *cordura*, quando el peligro sobrepuja à
 la esperança; y de sabios es, guardàrse oy para mañana,
 y no aventuràrse todo en un dia: Y sepa, que aunque Zà-
 fio, y villano, toda via se me alcança algo desto que lla-
 man, buen gobièrno: Assi que no se arrepienta de avèr to-
 mado

mado mi consejo, fino suba en Rozinante, si puede, ò fino yo le ayudarè, y sigame; que el caletre me dize, que hèmòs menester aora mas los pies que las manos. Subiò Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que alli junto estàva, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, è ir à salir al Viso, ò à Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscàsse. Animòle à esto aver visto, que de la refriega de los galeotes se avìa escapado libre la despenfa, que sobre su asno venìa: Cosa que la juzgò à milagro, segun fuè lo que llevaron, y buscaron los galeotes.

AQUELLA noche llegaron à la mitad de las entrañas de Sierra Morena, à donde le pareciò à Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que duràsse el matalotaje, que llevava: Y assi hizieron noche entre dos peñas y entre muchos Alcornosques. Pero la fuerte fatàl, que, segun Opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guìa, guisa, y compone à su modo, ordenò, que Ginès de Passamonte el famoso embustero, y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se avìa escapado, llevado del miedo de la fanta Hermandad (de quien con justa razon temia) acordò de esconderse en aquellas montañas, y llevòle su fuerte, y su miedo à la misma parte, donde avìa llevado à Don Quixote y à Sancho Pança, à hora, y tiempo que los pudo conòcer, y à punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desàgradecidos, y la necesidad



sèa ocasion de acudir à lo que se deve, y el remedio presente vença à lo por venir; Ginès, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordò de hurtar el asno à Sancho Pança, no curàndose de Rozinante por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormìa Sancho Pança; hurtòle fu Jumento; y antes que amanecièsse, se hallò bien lexos de poder ser hallado. Saliò el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallò menos fu Rùzio, el qual vièndose fin èl, començò à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo; y fuè de manera, que Don Quixote despertò à las voces, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, Brinco de mis hijos, regàlo de mi muger, envidia de mis vezinos, alivio de mis cargas, y finalmente Sufrento de la mitad de mi persona, porque con veynte y seys maravedis que ganàva contigo cada dia, mediàva yo mi dispenfa.

Don Quixote que oyò el llanto y supo la causa, consolò à Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogò que tuvièsse paciencia, prometiéndole de darle una cedula de Cambio, para que le dièssen tres en su casa de cinco que avia dexado en ella. Consolòse Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templò sus folloços, y agradeciò à Don Quixote la merced que le hazia: El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscàva. Reduziansele à la memoria los maravillosos acacimientos, que en semejantes soledades y asperezas avian sucedido à Cavalleros andantes. Iva pensando en estas cosas,

tan

tan enbebecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordava: Ni Sancho llevava otro Cuydado (despues que le pareció que caminava por parte segura) fino de fatisfazer su estómago con los relieves, que del despojo clerical avian quedado, y allí iba tras su amo, sentado à la mugeriega sobre su Jumento, sacando de un costal, y embaulando en su Pança; y no se le dièra por hallar otra Aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alçò los ojos, y viò que su amo estàva parado, procurando con la punta del lançon alçar no sè que bulto, que estàva cayendo en el suelo, por lo qual se diò priessa à llegar à ayudarle, si fuèsse menester; y quando llegò, fue à tiempo, que alçava con la punta del lançon un coxin, y una maleta afida à èl, medio podridos, ò podridos del todo, y deshechos; mas pesava tanto, que fuè necessàrio, que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandòle su amo, que vièsse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y su candado, por lo roto y podrido della viò lo que en ella avia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas, que limpias; y en un pañuelo hallò un buen montonzillo de escudos de oro; y allí como los viò, dixo: Bendito sea todo el Cielo, que nos ha deparado una aventura, que sea de provecho; y buscando mas, hallò un librillo de memoria ricamente guarnecido. Este le pidió Don Quixote, y mandòle que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besòle las manos Sancho por la merced; y desbalijando à la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa; todo lo qual



visto por Don Quixote, dixo: Parèceme, Sancho, (y no es possible que sèa otra cosa) que algun caminante descaminado deviò de passàr por esta tierra, y falseàndole malandrines, le devièron de matar, y le truxèron à enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser esto, respondiò Sancho, porque si fuèran ladrones, no se dexàran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo Don Quixote, y assi no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser: Mas espèrate, verèmos, si en este librito de memoria ày alguna cosa escrita, por donde podàmos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriòle, y lo primero que hallò en èl escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fuè un soneto, que leyèndole alto porque Sancho tambien lo oyèsse, viò que dezia desta manera.

O le falta al amor conocimiento,
 O le sobra crueldad, ò no es mi pena
 Igual à la ocasion, que me condena
 Al genero mas duro de tormento.
 Pero si amor es Dios, es argumento,
 Que nada ignora; y es razon muy buena,
 Que un Dios no sèa cruel: Pues quien ordena
 El terrible dolor, que adoro y siento?
 Si digo que soys vos, Fili, no acierto;
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,
 Ni me viene del Cielo esta ruyna.
 Presto avrè de morir, que es lo mas cierto,
 Que al mal, de quien la causa no se sabe,
 Milagro es acertar la medicina.

Por

Por effa Troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si yà no es que por esse hilo que està ay, se saque el ovillo de todo. Que hilo està aqui? dixo Don Quixote. Parèceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ay hilo. No dixes fino fili, respondiò Don Quixote; y este fin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste foneto: Y à fè que dève de ser razonable poëta, ò yo sè poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entien- de à vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu pien- fas, respondiò Don Quixote, y veràlo quando lleves una carta, escrita en verso de arriba à baxo, à mi señora Dul- cinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ò los mas Cavalleros andantes de la edad passada eran grandes trovadores, y grandes musicos; que estas dos ha- bilidades, ò gracias por mejor dezir, son anexas à los ena- morados andantes: verdad es, que las coplas de los passa- dos Cavalleros tienen mas de espiritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallarà algo que nos satisfaga. Bolviò la hoja Don Quixote, y dixo: Esta es prosa, y parece carta. Carta missiva, señor? preguntò Sancho. En el principio no parece fino de amores, res- pondiò Don Quixote. Pues lèa vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo Don Quixote, y leyèndola alto, como Sancho se lo avia rogado, viò que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desventùra me llevan à parte, donde antes bolveràn à tus oýdos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechàsteme, ò ingrata, por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo:

yo: mas si la virtud fuèra riqueza que se estimàra, no envidiàra yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantò tu hermosura, han derribado tus obras. Por ella entendì que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quèdate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo, que los engaños de tu esposo estèn siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desèo.

ACABANDO de leèr la carta, dixo Don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede facar mas, de que quien la escriviò es algun desdeñado amante: Y hojeando casi todo el librito, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leèr, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianças, favores, y sinfavores, favores, y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote passava el libro, passava Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscàsse, escudriñàsse, è inquirièsse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenàsse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: Tal golosina avian despertado en el los hallados escudos, que passavan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado, diò por bien empleados los buelos de la manta, el vomitèr del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gavàn, y toda la hambre, sed, y Cansancio, que avia passado en servicio de su buen seño; parecièndole que estàva mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

C O N

CON gran desèo quedò el Cavallero de la triste Figura de saber, quien fuèsse el dueño de la maleta, conjeturando por el sonèto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que devìa de ser de algun principal enamorado, à quien desdenes, y malos tratamientos de su Dama devian de avèr conduzido à algun desesperado termino: Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curò de mas, que de passàr adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: Siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura.

YENDO, pues, con este pensamiento, viò, que por cima de una Montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata con estraña ligereza. Figuròsele que iba desnudo, la barba negra, y espesa, los cabellos muchos, y rebul-tados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calçones, al parecer, de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traya la cabeça descubierta; y aunque passò con la ligereza que se hà dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el Cavallero de la triste Figura; y aunque lo procurò, no pudo seguille, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de fuyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò Don Quixote, que aquel era el dueño del coxìn, y de la malèta; y propùso en sè de bufcalle, aunque supièsse andar un año por aquellas montañas,

ñas, hasta hallarle; y assi mandò à Sancho, que se apeàsse del asno, y atajàsse por la una parte de la montaña, que el irìa por la otra, y podria fer, que topàsien con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta prièssa se les avia quitado de delante. No podrè hazer esso, respondiò Sancho, porque en apartàndome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobrefaltos, y visiones. Y sirvale esto que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assi serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quièras valèr de mi animo, el qual no te hà de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: Y vente aora tras mi poco à poco, ò como pudières; y haz de los ojos lanternas, rodearèmos esta Serreçuela, quiçà toparèmos con aquel hombre que vimos, el qual, sin duda alguna, no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondiò: Harto mejor serà no buscarle, porque si le hallàmos, y à caso fuèsse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr; y assi fuèra mejor, sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fè, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente parecièra su verdadero seño, y quiçà fuèra à tiempo que lo huvièra gastado, y entonces el Rey me harìa franco. Engañaste en esso, Sancho, respondiò Don Quixote, que yà que hèmòs caydo en sospecha de quien es el dueño estàmos obligados à buscarle, y bolvèrselos; y quando no le buscàssemos, la vehemente sospecha que tenèmos, de que el lo sèa, nos pone ya en tanta culpa, como si lo fuèsse: Assi que, Sancho amigo, no te dè pena el buscallo,
por

por la que à mi se me quitarà, si le hállo: Y assi picò à Rozinante, y figuiòle Sancho con su acostumbrado Jumento; y avièdo rodeado parte de la montaña, hallàron en un arroyo, cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula enfillada, y enfrenàda: todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha de que aquel que huýa, era el dueño de la mula, y del coxin.

ESTANDOLA mirando, oyèron un filvo como de pastor, que guardàva ganado; y à deshora à su finiestra mano parecièron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareciò el cabrero que las guardàva, que era un hombre anciano. Diòle voces Don Quixote, y rogòle que baxàsse donde estàva. El respondiò à gritos, que quien les avia traydo por aquel lugar, pocas, ò ningunas vezes pisado fino de pies de cabras, ò de lobos, y otras fieras, que por allí andàvan? Respondiòle Sancho, que baxàsse, que de todo le darían buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando à donde Don Quixote estàva, dixo: Apostarè, que està mirando la mula de alquiler, que està muerta en essa hondonada: Pues à buena fè, que hà ÿa feys meses, que està en esse lugar. Diganme, han topàdo por ay à su dueño? No hèmos topado à nadie, respondiò Don Quixote, fino à un coxin, y à una maletilla, que no lexos deste lugar hallàmos. Tambien la hallè yo, respondiò el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar à ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidièssen por de hurto; que es el diablo fòtil, y debaxo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como ni como no. Esso mesmo es lo que yo digo,



respondió Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra: Alli la dexè, y alli se queda como se estàva, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo Don Quixote, fabeys vos, quien sèa el dueño destas prendas? Lo que sabrè yo dezir, dixo el cabrero es, que avrà al piè de seys meses poco mas ò menos, que llegò à una majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle, y apostura, Cavallero sobre essa mesma mula, que ay està muerta, y con el mesmo coxìn, y maleta, que dezis, que hallastes, y no tocastes. Preguntònos, que qual parte desta sierra era la mas aspera y escondida? Dixìmosle, que era esta donde aora estàmos; y es assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quicà no acertarèys à salir: Y estoy maravillado de como avèys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni fenda que à este lugar encamine. Digo, pues, que en oyèndo nuestra respuesta el mancebo, bolviò las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexàndonos à todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le via- mos caminar, y bolverse hàzia la sierra: Y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que de alli à pocos dias saliò al camino à uno de nuestros Pastores, y sin dezille nada, se llegò à el, y le diò muchas puñadas y cozes, y luego se fuè à la borrìca del hato, y le quitò quanto pan, y queso en ella traìa; y con estraña ligereza, hecho esto, se bolviò à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabre- ros, le anduvimos à buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en
el

el huèco de un gruèssò, y valiente alcornòque. Saliò à nosotros con mucha mansedumbre, yà roto el vestido, y el rostro desfiguràdo, y tostado del sol de tal fuèrte, que apenas le conocimos, fino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dièron à entender, que era el que buscàvamos. Saludònos cortefmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillàffemos de verle andar de aquella fuerte, porque assi le convenìa para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le avia sido impuesta. Rogàmosle, que nos dixèsse quien era? Mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando huvièsse menester el sustento, sin el qual no podìa passàr, nos dixèsse donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuydado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuèsse de su gusto, que almenos falièsse à pedirlo, y no à quitarlo à los pastores. Agradeciò nuestros ofrecimiètos; pidiò perdon de los asfaltos passàdos, y ofreciò de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna à nadie. En quanto lo que tocàva à la estancia de su habitacion, dixo, que no tenìa otra que aquella que le ofrecìa la ocasion donde le tomava la noche; y acabò su platica con un tan tierno llanto, que bien fuèramos de piedra los que escuchado le aviamos, si en el no le acompañàramos, considerandole como le aviamos visto la vez primera, y qual le veyamos entonces: porque, como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo; y en sus cortefes, y concertadas razones mostrava ser bien nacido, y muy cortefana persona: Que puestto que èramos rusticos los que le escuchàvamos, su genti-



leza era tanta, que bastava à darse à conocer à la mesma rusticidad. Y estàdo en lo mejor de su plática, parò y enmudeciòse: Clavò los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspenfos, esperando en que avia de parar aquel envelesamiento, con no poca lastima de verlo; porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras vezes 'cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le avia sobrevenido: Mas el nos diò à entender presto, ser verdad lo que pensavamos; porque se levantò con gran furia del suelo, donde se avia echado, y arremetiò con el primero que hallò junto à si con tal denuedo y rabia, que fino se le quitàramos, le matàra à puñadas y à bocados: Y todo esto hazia, diciendo: A fementido Fernando! Aqui, aqui me pagaràs la finrazon, que me hiziste: Estas manos te facaràn el coraçon donde albergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: Y à estas añadia otras razones, que todas se encaminàvan à dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitàmossele pues, con no poca pesadumbre; y el, sin dezir mas palabra, se apartò de nosotros, y se emboscò, corriendo por entre estos Xarales, y Malèzas, de modo, que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia à tiempos, y que alguno, que se llamava Fernando, le devia de aver hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostrava el termino à que le avia conduzido: Todo lo qual se hà confirmado despues acà con las vezes (que han
fido

fido muchas) que el hà salido al camino; unas à pedir à los pastores, le den de lo que llevan para comer; y otras à quitarfelo por fuerça; porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, fino que lo toma à puñadas; y quando està en su seso, lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, Señores, profiguiò el cabrero, que ayer determinàmos yo y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallèmos, y despues de hallado, yà por fuerça, yà por grado le hèmòs de llevar à la villa de Almodovar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curarèmos, si es que su mal tiene cura, ò fabrèmos quien es, quando estè en su seso, y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, Señores, lo que fabrè deziros de lo que me avèys preguntado; y entendèd que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez (que ya le avia dicho Don Quixote, como avia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.) El qual quedò admirado de lo que al cabrero avia oýdo, y quedò con mas desèo de saber quien era el desdichado loco; y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña sin dexar rincon, ni cueva en ella, que no miràsse hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que el pensava, ni esperava; porque en aquel mesmo instante pareciò por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estavan, el Mancebo que buscavan, el qual
venia